



la campanilla.

Enero de 23.



INSTRUCCION PASTORAL

DEL ILLMO. SEÑOR

DON PEDRO INGUANZO Y RIVERO,

OBISPO DE ZAMORA

Á SUS DIOCESANOS

SOBRE LA QUARESMA.



ZAMORA:

IMPRENTA DE VALLECILLO

AÑO DE 1823.

*Hortamur vos, ne in vacuum gratiam Dei
recipiatis. Ait. enim: tempore accepto exaudiui
te: et in die salutis adiuui te. Ecce nunc tempus
acceptabile; ecce nunc dies salutis. D. Paul. ad
Cor. 2. C. 6.*





A L paso que el espíritu del Cristianismo declina rapidamente y parece que se eclipsa entre los que se llaman cristianos, tenemos que redoblar nuestros cuidados, venerables hermanos; fieles todos carísimos míos; para sostener el vuestro, y guiaros por este camino cubierto de lazos, que el espíritu maligno, el *hombre enemigo* no cesa de armar para coger-nos. Constituidos en atalaya de la casa del Señor tenemos muy presente y os lo hacemos y requerimos con aquel sentido reclamo del supremo Pastor: *Custos quid de nocte? Custos quid de nocte?* (1). Como va eso, hermanos míos, como vamos por la noche de este mundo, entre estas tinieblas, por un camino tan escabroso, en que apenas puede darse un paso sin tropiezo, en que á favor de la obscuridad los lobos

a

de-

(1) *Isai. cap. 21. v. 11*

dejando sus cabernas corren el campo libremente, invaden, devoran, y ponen en dispersion el ganado, y en confusion á los pastores ¿Y si los pastores duermen? O si ellos mismos estravian el ganado? Temible és por cierto, y muy temible, que haya hoy muchos en todos estados, pero especialmente ministros del santuario, que siguiendo la corriente del mundo pretendan cubrirse con ella, ó encontrar disculpa á los daños y escandalos fraticidas que causan en el pueblo cristiano: como allá los hijos de Jacob vendieron á su hermano José, y para disculparse con su anciano Padre le presentaron su tunica ensangrentada diciendo, que una fiera cruel le habia devorado: *Fera pesima devoravit eum*. Pero en el juicio de Dios, hermanos míos, no tendrán lugar los artificios, ni las ilusiones, ni conciencias falsas, para escusar á nadie, mucho menos á los que deben ir delante en todo genero de exemplos de virtud y de celo por las almas, y por la honra de Dios nuestro Señor. Acordaos tambien de la exclamacion, que este mismo Dios hace por su profeta dirigiéndose á los Sacerdotes. *El hijo honra á su Padre, y el siervo á su Señor: si yo soy vuestro padre ¿en donde está mi honor? Y si yo soy el Señor, ¿donde está mi temor?* (1) Como si digera, que de la honra, del amor, y del temor de Dios han de responder con especial cargo los

(1) *Malach. c. 1. 6.*

los Sacerdotes, como ministros suyos puestos para la enseñanza y direccion de los fieles.

Pero no es mi animo estenderme aqui acerca de esto, por muy doloroso que me sea lo que mi pecho encierra sobre ello. Baste indicaros solamente lo que debeis á todos, y á vosotros mismos, los que abrazasteis este ministerio, para que oponiendole al espíritu del siglo ayudeis á preservar las almas de la corrupcion, que cada dia cunde mas y mas, y que podais decir con David llenos de su santo celo: *Ví, Señor, los prevaricadores de tu ley, y me consumía, y me despedazaba de pena y de dolor, porque no eran guardadas tus palabras y mandamientos.* (1)

Tenemos que haberlas con un mundo engañoso y fascinador, con este mundo de quien dice el evangelio, que *el mundo no conoció á Dios*; pero que en esta lucha tiene la doble ventaja de nuestra inclinacion torcida al mal, y del poderoso atractivo de los objetos y goces presentes, que arrastran por si mismos con fuerza casi irresistible, al paso que los futuros, y que se ofrecen solo en esperanza, hacen una impresion muy débil, no obstante que estos, por su magnitud, por su estension, por su certidumbre segura indefectible, sobrepujan infinitamente, y sin sombra de comparacion, á todo cuanto el mundo puede dar de sí.

De aqui la gran necesidad de avivar nuestra fé, y de suplir aquella desventaja con los oficios y practi-

(1) Ps. 118,

ticas de la Religion, que nos despierten y llamen continuamente acia las inmensas promesas de la eternidad. ¿Que será de las almas destituidas de estos auxilios y del alimento espiritual necesario?

A esto atiende la Religion por medio de la Iglesia nuestra Madre y Maestra, no contentándose con enseñar su doctrina y verdades tan fuertes é importantes, sino poniendolas en cierto modo á nuestra vista por la celebracion periódica de ellas mismas, de las fiestas, funciones, y misterios altísimos, que renueva todos los años para hacernos de algun modo sensibles unos objetos tan interesantes, y fijarlos en nuestra memoria.

A si despues que acabamos de celebrar el nacimiento y manifestacion en carne de Nuestro Redentor Jesus, que es por donde empezamos cada año, lo hacemos seguidamente de los demas misterios y sucesos de su preciosa vida, principalmente de su vida pública, y de su pasion, muerte, y resurreccion gloriosa, que será el término de la quaresma: de este tiempo santo y venerable, que nos recuerda y pone á la vista los mas grandes misterios, las mas importantes maxîmas del cristianismo, la grandeza de nuestra vocacion, y la necesidad que tenemos de purificarnos, de reformarnos, y renovar con frecuencia el espíritu: en una palabra el tiempo mas digno de la seria ocupacion de los cristianos.

Esto és lo que me mueve á dirigiros mi voz por es-

este medio, para que pueda llegar á todos, que no puede ser de otra manera, dandoos alguna instruccion, que excite vuestra devocion para disponeros á coger el fruto que la Iglesia os prepara en este santo tiempo.

Porque ¿quienes son los cristianos que tengan de él la idea que deben tener? *Este es el tiempo aceptable, estos los dias de nuestra salud*, dice el Apostol: ¿cuantos son los que tratan de aprovecharlos, y de prepararse á recibir la gracia de Dios, que se ofrece en ellos con tanta abundancia? Quantos el dia de hoy los que miran la quaresma con aquellos ojos católicos, que ven en ella los inefables misterios, el espectaculo de la Religion en sus mas augustas funciones y preceptos?

¿Quantos al contrario, podremos mas bien preguntar con el mas vivo dolor, quantos no son los que miran este y todos los ordenamientos Religiosos con la mayor frialdad, con una indiferencia criminal, y aun añadiremos con desden y con desprecio?

Reflexionando sobre esto, fieles mios, no puedo menos de esplicar la amargura de mi corazon, al ver el decadente estado del cristianismo, y el grado á que en estos puntos van llegando las cosas, que casi nos hace ya desfallecer y perder el tino. La tibieza de la fé, y el obscurecimiento de la Religion, vá minando y debilitando todos los preceptos religiosos: y por una consecuencia necesaria corre al mismo

mo paso la disolución y pérdida de las costumbres. A que pues deberán dirigirse nuestros oficios? A demostrar las verdades de la Religion, ó á persuadir el horror de los vicios? Porque ¿de que sirve perseguir los vicios, si la Religion no tiene asiento en los corazones? Y de que sirve vindicar las verdades religiosas, si los vicios rechazan su luz, y embotan la fuerza de estas verdades? Tan cierto es, que estas dos cosas se sostienen mutuamente, que tienen un enlace y conexi6n necesaria, y forman la esencia del cristianismo.

Yo me aturdo, hermanos míos, cuando contemplo y comparo los diversos efectos, que en varias naciones ha producido y produce la predicacion del Evangelio. Jamas hizo frutos tan admirables, ni progresos tan rápidos y asombrosos, como cuando se predicó á naciones paganas, á hombres imbuidos en todos los errores del gentilismo, y sumergidos en todos los desórdenes del corazon. Testigo el fervor y santidad de los primeros cristianos, y el sin número de ellos que fueron convertidos y transformados en otros hombres en todo el mundo por la predicacion de los Apóstoles y varones Apóstolicos que le siguieron. Testigos tambien los frutos imponderables que nos refiere la historia de las misiones entre indios é idólatras, en quienes se han visto renovados en los últimos tiempos todo el fervor y virtudes de los cristianos primitivos.

Al contrario, si este mismo evangelio se predica á los cristianos, imbuidos y alechados desde la infancia con los documentos de la fé, y fortalecidos con tantos objetos que nos representan al vivo la grandeza de la Religion, no hace al parecer impresion ni fruto alguno: parece antes bien que se obstinan y endurecen mas los corazones.

Que es esto, hermanos míos, que es esto? Que ha de ser! El mismo fuego, que hablanda la cera, endurece el barro. La luz celestial que ilumina y disipa las nieblas del alma, cuando esta oye su voz con aprecio y con docilidad, la calienta y rinde á las impresiones de la gracia venciendo todos los obstáculos. Pero cuando este fuego sagrado ha llegado á enfriarse en el espíritu de los fieles, olvidados ya de tantos auxilios de la Religion en que nacieron, y posponiéndolos á los atractivos mundanos, queda ineficaz para ellos la palabra divina: todo cede al torrente de las pasiones sensuales.

Asi es sumamente difícil la conversion de un cristiano relajado; y esto debe inspirarnos un terror saludable para aprovechar codiciosamente todos los momentos y ocasiones de recobrar la gracia, y apartarnos del estado deplorable á que reduce á los hombres el olvido de Dios y de su ley, que es el endurecimiento del corazon, la impenitencia final.

Y si esta mudanza es tan difícil para aquellos, que delinquen por ignorancia ó por flaqueza; para

a-

aquellos, que venerando sumisamente la doctrina sagrada caen por el impulso de sus pasiones mal reprimidas ¿ que diremos de aquellos, que no contentos con pecar desprecian las leyes que prohíben el pecado, vituperan los institutos y costumbres cristianas, y pretenden fascinar su orgullo y libertinage vilipendiando las reglas y practicas religiosas, se forjan otras nuevas, ó por mejor decir, no tienen ningunas? Estos hombres son los mas dignos de compasion, porque son como los furiosos ó poseidos de un delirio, que se arrojan por cualquiera precipicio, y no admiten remedio ni curacion: son unos verdaderos locos, cuyas palabras son otros tantos desbarros; hombres que no pueden vivir sin una continua agitacion, sin violentarse, y atolondrarse.

Asi pues, fieles muy amados, los que querais conservar vuestra dignidad, esto es, el caracter de cristiano, que quiere decir hombre de cristo, que profesa la ley de Jesu-Cristo y está obligado á su santo servicio, es menester que ajustéis vuestra vida á las puras maxîmas de esta ley, ley de toda justicia, de amor y caridad para con Dios y para con los hombres: es menester entrar en el espíritu de la Iglesia, maestra y depositaria de la Religion, y actuarnos con ella en las virtudes y observancias que prescribe, por medio de las cuales nos conduce á la mansion de los bienaventurados en la vida perdurable á que caminamos, como á nuestro destino. Á esto se enderezan todos

dos sus pasos, sus funciones é institutos sagrados, y muy particularmente el de la quaresma, en que ahora entramos.

O tiempo santo y venerable; ! Tiempo de gracia, de reconciliacion, y de salud ! O Misterios sacrosantos de la redencion del género humano, que en ella se celebran ; O dia eternamente memorable de la pasqua y resurreccion del Redentor, á que ella nos prepara ! Donde estan, Religion santa, tus hijos verdaderos, los que entran en tus caminos, que se penetran de tu espíritu, que celebran contigo tus altísimas verdades ; Diremos con el Profeta, que los caminos de Sion lloran, que están desiertos, que nadie viene á tus solemnidades ? O con el mismo repetiremos, que tus enemigos te miraron, y se mofaron de tus fiestas: *Viderunt eam hostes, et deriserunt sabata ejus* ? Ay ; Demasiado cierto és, que unos con obras, y otros con sus palabras y sarcasmos, y muchos con el infame tráfico de impresos malignos, te burlan y desprecian, y que no hay sino sobrados motivos para deplorar la abominacion de la desolacion anunciada en los libros santos ! Veamos pues, para aquellos que traten del negocio de su salvacion, cuales son los designios y el espíritu de la Iglesia en esta saludable institucion.

Generalmente hablando, no se tiene otra idea de la quaresma que el de ser un tiempo de ayuno. Pero yo os digo, que lo menos, que tiene que considerar en ella un cristiano, es el ayuno. No porque no sea

b

es-

este un precepto esencial y capital suyo, (y como tal os ablaré de él particularmente) sino porque se dirige como medio á otros fines mas altos y principales, como son nuestra reparacion y justificacion, y la participacion de los divinos misterios.

La Quaresma, segun la idea que dan todos los santos Padres, es un tiempo de preparacion para la *Pasqua*: y como la *Pasqua* debe ser para el cristiano un tiempo de gloria, y resurreccion espiritual, en que aparezca el hombre nuevo, purificado de las manchas y hábitos del viejo, de aí es, que la Iglesia desde su origen designó á este tiempo con un caracter peculiar de santificacion, de retiro, de oracion, de abstinencia, y de todo género de ejercicios piadosos, con que las almas sean renovadas en el fervor de la vida espiritual.

La Iglesia pues, llena de un santo celo, llama á todos sus hijos en este tiempo para que junten sus fuerzas, y redoblando su devocion repriman sus pasiones desordenadas con las armas de la penitencia y virtud de Dios, y se hagan dignos de participar del triunfo y gloria del Redentor.

Bien sabeis, que para ser participante del triunfo, es menester serlo de la batalla: porque no hay victoria sin pelea: no será coronado sino el que haya peleado legítimamente; si queremos tener parte en la gloria de la resurreccion debemos tenerla tambien en los sufrimientos y pasion de nuestro Redentor: todas son sentencias de San Pablo.

De

De aquí es, que entre los grandes objetos, que nos presenta la quaresma, ó el principal de todos, és la representacion viva de la pasion y muerte de este amabilísimo Redentor: de aquel espectáculo doloroso, pero magnífico, de la redencion de los hombres. Esta escena triste, con que acaba la quaresma, y ocupa el último tercio de ella, debe ser lo primero que llame la atencion de un cristiano, para ordenar á este fin todos sus pasos y pensamientos.

Este es, fieles muy amados, el primer sentimiento que debe ocuparnos: la celebracion digna del misterio augusto de nuestra redencion: la celebracion de la pasqua. A este fin todos estos dias, y semanas que preceden, son unas vigiliass continuadas, como las llaman los SS. PP., en las cuales está dispuesto en la Iglesia quanto puede conducir para avivar en las almas la idea de nuestra Religion, levantarlas al conocimiento de las verdades eternas, y excitar en ellas el espíritu de fervor y de penitencia, en una palabra el espíritu del cristianismo.

Toda la Iglesia toma en este tiempo un tono de llanto y de tristeza santa. En todas partes multiplica sus oraciones y sacrificios, y repite sin cesar los cánticos de compuncion y misericordia. Ella pide y suspira á su esposo por todos sus hijos: llama á todos para que junten sus votos y plegarias con las suyas: aumenta sus officios, los sermones, las practicas de piedad y exercicios espirituales; en una palabra todo quanto puede inspirar y mover en sus hijos el senti-

timiento de su salud eterna. En todo el catolicismo se practica lo mismo, y la Iglesia pública en todo el mundo, por su conducta uniforme, que estos son los dias de propiciacion y santificacion, y nos abre el camino para conseguirlo.

En la quaresma se hallan reunidos todos estos medios, y se presentan como en conjunto para todos los que pertenecen y viven en el gremio de la Santa Iglesia. Primeramente nos impone el precepto de hacer penitencia, á que estamos obligados, para enfrenar la rebeldia de las pasiones. *Haced penitencia*, dice el Evangelio. *Haced frutos dignos de penitencia*. *Si no hiciereis penitencia, todos perecereis*. Asi de algun modo se hace cumplir con el ayuno general de quarenta dias, á exemplo de Ntro. Sr. Jesu-Cristo, que ayunó los mismos en el desierto. A cuya imitacion la Iglesia desde su nacimiento instituyó este ayuno: ayuno santo, de que nadie puede dispensarse sin pecar, y aun sin incurrir en sacrilegio enorme, segun la expresion de S. Ambrosio: *In totum non observare, sacrilegium; ex parte violare, peccatum*.

Este ayuno, ó penitencia exterior, nos dispone para la penitencia interior, que consiste en la detestacion del pecado, purificándonos en el sacramento de la penitencia. Todos los cristianos tienen obligacion, como bien sabeis, de confesarse á lo menos en cada año: y aunque este precepto se puede cumplir en cualquiera tiempo del año, suelen generalmente confesarse todos en la quaresma ora por esto, ora por

por cumplir con el otro, que tambien tenemos, de comulgar en la pasqua, ó tiempo pasqual determinado para este efecto.

Por manera que la penitencia corporal dispone para la espiritual, y esta para la comunión pasqual, que es el sello de la regeneración y vida de nuestras almas: y á esta tan grande obra coadyuvan las continuas oraciones de la Iglesia y mas ejercicios de que he hablado: por todos los cuales medios reunidos se dá como un ataque general á todos los vicios y pecados, y á las almas mas tibias y olvidadas de si mismas.

Y para que veais mejor este plan admirable de la providencia de la Iglesia en favor de sus hijos, observareis tambien, que en este tiempo exige de todos y de cada uno cuenta y razon de la fé y doctrina que profesan, examinándolos en ella. Porque como este conocimiento sea tan esencial para salvarse, y de otra parte facil de olvidar, aun despues de conseguido, por la omisión y negligencia de muchos, de aqui el celo y solicitud de esta Santa Madre para que sus hijos no caigan en este mal gravísimo, y el querer asegurarse de ello por medio de los exámenes de doctrina cristiana: puesto que en las cosas necesarias á la eterna salud la Iglesia no descuida, ni puede prescindir, ni jamas ha dejado de tomar las medidas y ordenamientos convenientes. De donde debeis inferir y comprehendereis la grande obligación que en este punto teneis todos sin excepcion, mirando estas disposiciones como un remedio y preservativo

sa-

saludable del pueblo cristiano.

Ved ahora, amados míos, si con razón se llama y debe llamarse el tiempo de cuaresma tiempo santo y aceptable, días de santificación y de salud. Seguramente que no hay otro igual. Porque aunque todos los días y tiempos deban ser para un cristiano tiempos de santificación y de buenas obras, pero hay algunos especialmente consagrados, en que Dios parece mostrarse más propicio, y derrama con más abundancia sus misericordias, y en que la Iglesia le fuerza, digamoslo así, con sus lágrimas, con sus suplicas, con la humillación de sus hijos, y con todo el conjunto de actos devotos y religiosos para atraer las bendiciones celestiales.

Pero no nos limitemos á ideas generales. Yo supongo que todos estais convencidos de las importantes verdades manifestadas hasta aquí; y de que el espíritu de la Iglesia en este complejo de cosas es elevarnos y fijar en nuestro espíritu las altas ideas de nuestra Religión, y el grande interés de nuestra salvación. Pero este interés, fieles míos, no se consigue, si no descende cada uno al por menor de los deberes que se os imponen. Es menester seguir los pasos de la Iglesia. Esta nos manda ayunar. ¿es menester ayunar, no estando legítimamente exceptuados. Nos manda confesar los pecados? es menester confesarlos. Nos manda la comunión pasqual? es menester comulgar. Nos prescribe la oración, el recogimiento, la consideración del gran misterio de nuestra redención.

ci-

cion? debemos ejercitarnos en estos actos piadosos, y seguir fielmente sus avisos y documentos.

Pero es menester hacerlo con el espíritu mismo de la Iglesia; quiero decir, que nos revistamos de sus sentimientos, y obremos estos actos, no por una especie de cumplimiento, como quien practica materialmente ceremonias exteriores de Religion, sino entrando en el fondo de ellas, tributando á Dios nuestro Señor el homenaje de un corazon contrito y humillado, y esforzándonos á hacerlas con la perfeccion posible y necesaria para sacar los frutos copiosos que se nos ofrecen. El Señor mismo nos promete oir nuestras suplicas en este tiempo, y ayudarnos en él particularmente con su divina gracia: *Tempore accepto exaudivi te: et in tempore salutis adjuvi te.*

Seria menester dilatarse mucho para dar una explicacion individual y estensa de las obligaciones cristianas sobre estos puntos, y sobre el modo de ponerlas en practica. Esta debe ser la ocupacion continua de nuestros párrocos, de los Sacerdotes y Ministros de la divina palabra, como se lo encargamos muy estrechamente, y que dediquen sus tareas á estas instrucciones practicas y doctrinales, que al mismo tiempo que despierten en los fieles el conocimiento de la Religion, aviven en ellos los afectos de las virtudes, y el odio y fuga de los vicios: no pudiendo menos de dolernos de que se pierda tanto tiempo en discursos y oraciones insignificantes, sin jugo, sin espíritu, y casi de ninguna utilidad. Pero os diré acerca de las que
van

van indicadas en general, que ellas proceden, no solamente de leyes ó mandamientos de la Iglesia, (lo que seria bastante) sino tambien de preceptos divinos espresos: asi que nuestra vigilancia debe ser por todos respetos muy grande para cumplirlos exacta y religiosamente.

Por lo que hace al ayuno, el mismo *Jesu-Cristo* nos lo enseñó practicamente con su exemplo. Despues de su bautismo en el Jordan, y antes de emprender la carrera de su vida pública, se retiró al desierto, en donde ayunó quarenta dias con quarenta noches, sin comer ni beber; y aunque esto parece superior al orden natural, lo cierto és, que segun el mismo Evangelio padeció grande hambre, para que no se piense que dejó de sufrir todo el rigor del ayuno.

El mismo Señor previno esta penitencia para sus discipulos, anunciándoles, que despues que él se separase de ellos, ayunarían. Los discipulos del Bautista se acercaron á él en una ocasion preguntándole, por una especie de reconvencion, ¿ como era que ellos y los demas judíos y fariseos ayunaban frecuentemente pero que los suyos no lo hacian ? A que les respondió, que mientras estaban en compañía del esposo no era tiempo de pena y tristeza; pero que llegaría el dia en que el esposo fuese quitado de enmedio de ellos, y entonces, dijo, ayunarán.(1)

Veis aquí como el ayuno de los cristianos es una de las practicas que mas inmediatamente proceden del

(1) *Math.* 9. 14. = *Marc.* 2. 18. *Luc.* 5. 33.

del mismo *Jesu-Cristo*. Y no puede dudarse, que los santos Apóstoles, á imitacion del ayuno quadragesimal del divino maestro, instituyeron la quaresma cristiana en memoria de la pasion del Señor en los dias que preceden á la pasqua. Asi lo confirma la inviolable ley y costumbre de la Iglesia primitiva de Jerusalem y de todas las demas del mundo cristiano desde los tiempos apóstolicos. Los cánones, llamados de los Apóstoles, prescriben penas graves contra los transgresores de la quaresma (1). Los primeros concilios que se celebraron, y los monumentos sagrados mas antiguos, que nos quedan, hablan del ayuno quadragesimal como de una ley universalmente practicada. Los Santos Padres todos la titulan como de tradicion y estatuto apóstolico. *S. Geronimo* reconoce el ayuno de la quaresma por una de las tradiciones apóstolicas, lo mismo que la observancia del Domingo, y de la pasqua de Resurreccion y Pentecostés (2). Y en una de sus cartas dice asi. *Nosotros ayunamos una quaresma por tradicion apóstolica, y todo el mundo conviene en esto con nosotros* (3). El mismo origen la atribuye el Papa *S. Leon* el grande en diferentes sermones del asunto (4). *S. Pedro Crisólogo* afirma que la quaresma no es de institucion humana, sino de autoridad divina: *Quadráginta dierum*
c
je-

(1) *Can. 69.*

(2) *Hieronim. lib. 2. in Galat. c. 4.*

(3) *Ep. 27. 54. ad Marcell.*

(4) *S. Leo. serm. 4. 5. 9. de Quadrag.*

jejunium non humana inventio, sed autoritas divina (1)
S. Agustin aplica á la quaresma aquella maxima,
 de que todo lo que mantiene la Iglesia universal, y
 no se halla instituido por algun concilio, y sí obser-
 vado siempre y en todas partes, se debe tener por
 derivado de los Apóstoles (2) cuya maxima asienta
 como general, y con él *S. Isidoro de Sevilla*, ense-
 ñando, que cuantos dias guardamos no por ley algu-
 na que haya escrita, sino por tradicion, y cuya ob-
 servancia es universal, debe entenderse encomenda-
 da ó establecida por los apóstoles, como las solemni-
 dades anuales de la pasion de Cristo, de la *Resurrec-*
cion, de la *Ascension*, y de la venida del *Espíritu-San-*
to. Y del mismo modo cuanto se encuentre igual-
 mente observado en la Iglesia universal. Esto testifi-
 cabá *S. Basilio* por estas palabras. „ No hay Isla, no
 „ hay continente, ciudad ni canton de la tierra, el
 „ mas remoto, donde no sea proclamado este ayuno.
 „ Los ejércitos, los caminantes, los navegantes, los
 „ mercaderes, por lejos que estén de sus casas, oyen
 „ en todas partes la solemne promulgacion y la re-
 „ ciben con alegria. Ninguno se escluya del número
 „ de los que ayunen, pues en él estan comprehendi-
 „ dos los hombres de cada siglo, de todo estado, cla-
 „ se, y dignidad (3).” En fin, omitiendo el largo ca-
 tá-

(1) *Crysolog: serm. 11. 166.*

(2) *S. Aug. lib. 4. de baptism. cont. Donat. S. Isidor. Hispal. de ecc. ofl. lib. 1. cap. 44.*

(3) *S. Basil: Homil. de jejun.*

tálogo de iguales testimonios en todos los siglos, concluiremos con otras palabras semejantes de *S. Bernardo*: „ En esta ocasion, decia, los Reyes, los Principes, el Clero, la noblza, el estado laical y comun del Pueblo, el rico, el pobre, todos ayunan como si fuesen un solo hombre. Y no és, añade, una cosa la mas detestable el que parezca pesada carga un ayuno que toda la Iglesia nos ayuda á llevar. ? ” (1)

En una palabra, hermanos mios, no puede darse mayor uniformidad que la que tienen los santos Padres todos, y doctores de todos los siglos, acerca de la venerable practica y ley general de la Iglesia en punto al ayuno quadragesimal. Y á vista de ello, quien tendrá valor ni atrevimiento para transpasar una ley tan sagrada, ni dejar de someterse á ella con un verdadero afecto y espíritu cristiano.?

Pues si miramos al modo con que la observaban los antiguos cristianos, ¿ que confusion y que verguenza para los de estos tiempos? No hablemos de aquellos primitivos, cuyos ayunos consistían en hacer una sola comida de raices, yerbas, ó frutas. Aun despues de ellos, y por largo tiempo, y por muchos siglos, ninguno podia en dia de ayuno comer un bocado, ni beber una gota de agua, mas que una sola vez al dia, y eso despues de la ora de visperas, es decir, despues de las seis de la tarde en los ayunos de quaresma, y despues de las tres en los de fuera de ella. Estaba, por supuesto, prohibida la carne, y cuanto

(1) *S. Bernard. serm. 3. de jejun. quadrages.*

to tragese origen de carne, como huebos, leche, y todo género de lacticinios: estaba prohibido el pescado, y hasta el vino, y solo podia beberse agua á la comida, pero no fuera de ella: de modo que fuera de aquella única comida no se podia comer ni beber cosa alguna. Asi cuando empezó á introducirse lo que se llama colacion, que fué cuando se anticipó la hora de comer, se reducía aquella á beber un poco de agua, que fué lo primero que se permitió; y mas adelante se introdujo y permitió añadir un poco de pan, á título de corregir el perjuicio del agua sola. Todo esto fué por una especie de mitigacion ó relajacion del ayuno, el cual fué sucesivamente recibiendo mas ensanches entre los cristianos.

Pero que digo los cristianos? Los Judíos, que proclamaban sus ayunos á son de trompeta, como las grandes solemnidades, los observaban desde la nochecer hasta puesto el sol del día siguiente. En todo este tiempo no comian ni bebían, se abstenia del baño, de unciones y perfumes, y aun entraba tambien la continencia conyugal. Los Musulmanes tienen tambien sus ayunos, y su especie de quaresma, en que les está prohibido comer ni beber cosa alguna en todo el día desde que sale hasta puesto el sol; ni aun fumar, que es una pasion muy dominante en ellos: y en verdad que cuando su *Ramazan*, ó mes de ayuno, cae en la estacion de verano, la sed aflige sobremanera, principalmente á los trabajadores y caminantes, que todos tienen que aguantarla, pues á nin-

gu-

guno se dispensa el ayuno.

Comparad ahora, fieles míos, comparad aquellos ayunos con los del día, quaresmas con quaresmas, y juzgad vosotros, si es mucho pedir, ó si hareis un gran sacrificio en observarlos tal cual los teneis. Lo que se llama abstinencia de carnes, que siempre se ha mirado como una parte esencial del ayuno eclesiástico, ya desapareció del todo. No hay ya manjar prohibido entre nosotros al apetito mas sensual y regalado. Y por que únicamente se exceptua el que, ya que se use de todo género de carnes, no se mezcle con ellas el pescado, hasta esto se mira como cosa pesada, y se resiste á los glotones. Esta prohibicion de mezclar es una pequeña compensacion de la ley de la abstinencia, para que tengamos siquiera el mérito de alguna privacion. Que no se relaje tan completamente una ley tan sagrada. !

Y que ! Os parece que ganamos algo con tales indultos, ó que logramos conciliar el mérito del ayuno con la libertad de usar de todos manjares ? Eso no, eso no. El ayuno tendrá siempre su mérito, mayor ó menor, segun que se ajuste mas ó menos á sus reglas naturales. El espíritu de la Iglesia siempre es el mismo, por mas que temple ó altere sus leyes, atemperándose á la condicion de los hombres y de los tiempos. Un ayuno acomodado al gusto y deseos de la carne no puede producir el fruto y los efectos de su institucion, que son reprimir y debilitar los fuegos de las pasiones, y dar energía á las po-
ten-

tencias del alma para que se ocupen del pensamiento del criador y de la contemplación de los años eternos. Tanto como nos desviemos de estos fines, otro tanto se pierde por el lado de las costumbres.

La Iglesia se ha en estas dispensaciones, como se ha una madre con hijos flacos, indóciles, ó descontentadizos, con quienes tiene que temporizar y usar de muchas condescendencias, que no dejan de repugnar á su corazón: ó con hijos enfermos, á quienes es preciso contemplar y deferir todo lo posible. Todo esto no prueba sino que estamos mas pobres de virtud, mas enfermos y mas miserables; que somos cristianos mas ruines, que somos menos cristianos; y que no acomodándonos con los remedios de nuestra concupiscencia, estamos mas espuestos á caer en los vicios de la carne.

Por otra parte, olvidamos en esto nuestro verdadero interés: puesto que es una verdad de fé, que por los pecados cometidos, y perdonados tenemos que satisfacer á la justicia divina en este mundo ó en el otro, y que del primer modo, por nuestros propios actos, lo podemos hacer con mas facilidad y á mucha menos costa. Este bien inapreciable es el que la Iglesia nos procura en esto que tanto nos repugna, desvelándose por redimirnos de una deuda tremenda, que de otro modo tendremos que pagar por todo el lleno de la divina justicia. Y lo conocemos tan poco!

Y todavía el ayuno tan imperfecto y suavizado como está, se observa y cumple entre los cristianos?

Ah!

Ah; Quanto tenemos que lamentarnos en este punto! Los que parecen mas regulares apenas quieren pasar de las formas, y quieren un ayuno, que escluya toda mortificacion, no reparando en excesos de comidas y colaciones. Otros (oh; y cuantos hay de estos!) han renunciado hasta las apariencias, y con el mayor descaro profanan la santidad del cristianismo, haciendose públicos desertores de la Religion, segun la espresion de un antiguo Padre. O insensatos! Quien os ha fascinado? Vosotros, que os dariais por muy ofendidos, si se os denunciase como violadores ó fautores de infraccion de las leyes políticas, citadme una que sea mas fuerte, ni mas sagrada, ni mas inviolable que esta! Y entonces con que frente os atreveis á despreciarla, promoviendo con vuestro escándalo la relajacion y ruína de los demas? No veis siquiera, que dais margen á pensar, que en vuestro corazon ninguna ley tiene fuerza sino en cuanto veais de cerca el castigo, y que en cuanto impune-mente las podais traspasar, todas las quebrantareis? Si por cierto: esos hombres voluptuosos, que prefieren comer y beber á todas horas á la observancia de las leyes de la sociedad cristiana en que viven, dan pruebas bien claras de estar dispuestos á sacrificar al mas vil interes todas sus obligaciones, y de la poca ó ninguna confianza que pueden merecer para ninguna cosa. Siquiera por su propio honor, y por su mismo interes, debieran observar otra conducta.

Yo no hablo aquí con aquellos que están esentos,

co-

como son los trabajadores del campo y que ganan su sustento con trabajos duros y penosos, y otros varios legitimamente dispensados. Sobre que advertiré únicamente, que ninguno se haga juez de sí mismo, debiendo consultar en sus casos con los párrocos, ó confesores, ó varones doctos, los cuales todos deben estar muy actuados en la materia, para dirigir su conciencia. Pero aquellos mismos trabajos y padecimientos, que os eximen de ayunar, os ponen en las manos este sacrificio que hacer á Dios, y haciendolo con espíritu de verdadera penitencia, como lo debeis hacer, y nada cuesta hacerlo, ganareis con usuras el mérito del ayuno mas riguroso. Que tesoros de merecimientos no se pierden por falta de este espíritu, y por que al contrario parece que muchos, por la mas deplorable necesidad, no miran en ello sino como una especie de desquite ó indemnizacion.!

Pero hay otra especie de ayuno, de que nadie se exime, y es el que los santos llaman ayuno espiritual, y consiste en la abstinencia mas rigurosa de culpas y pecados, de juegos, pasatiempos, y diversiones, aun permitidas, que en tiempo de quaresma con especialidad se deben cercenar para entregarse con mas fervor á los actos de Religion, ejercitarse en obras de piedad y caridad, exâminar la vida pasada, y trabajar en desarraigar los hábitos viciosos. » El que no » puede ayunar, decia S. Juan Crisostomo, puede dar » mayores limosnas: ejercitarse en oraciones mas fervorosas, en leer y oir con interes la palabra de Dios, y

„ y procure eficazmente adelantar en la vida espíri-
 „ tual: reconciliese con sus enemigos, eche de su cora-
 „ zon hasta la memoria de las pasadas injurias: para
 „ nada de esto puede serle de impedimento la enfer-
 „ medad, ni el trabajo corporal, ni la debilidad de su
 „ complexión, y de este modo habrá guardado la
 „ quaresma que Dios exíge de el; porque si nos man-
 „ da la abstinencia de comidas es con respecto á es-
 „ tas mismas cosas, y para que domando los estímu-
 „ los de la carne la hagamos obediente al cumplimien-
 „ to de sus mandamientos “! (1). Dios mismo, por su
 profeta, reprendia severamente á su pueblo, por
 que contentos de sus ayunos exteriores no cuidaban
 de la reforma interior del corazon. “ En los dias
 de vuestro ayuno (les decia) buscais vuestro amor
 propio y hacer vuestra voluntad. Ayunais, y no per-
 donais á vuestros deudores; os empleais en pleitos y
 riñas; abrigais en vuestro corazon sospechas injustas,
 odios, iras y venganzas: no perdonais á la calumnia,
 á la maldicion, y á la soberbia. Es este acaso, dice el
 Señor, el ayuno que yo he elegido para que el hombre
 aflija y humille su alma, y ofrezca á su Señor un
 tiempo aceptable ? (2). “ Asi habla por *Isaias*.

El mismo profeta prosigue declarando las obras
 santas, que deben acompañar á nuestros ayunos pa-
 ra que sean fructuosos, como lo repite la Iglesia conti-
 nuamente: y aun en todas las sectas y religiones falsas

d se

(1) *Chrisos. Hom. 10. in genes.*

(2) *Isai. C. 58. v. 3. cum. segg.*

se han mirado semejantes días como especialmente consagrados á la practica de las buenas obras. Particularmente la de la limosna se mira como inseparable de nuestros ayunos para todos aquellos que puedan ejercitarla: y así la Iglesia no cesa de recomendarla, repitiendo todos los días de la quaresma estas palabras del mismo profeta: *Parte tu pan con el hambriento; y lleva á tu casa al necesitado, y al peregrino: cuando veas al desnudo, vístete, y no menosprecies tu propia carne.*

El Angel, que condujo al Joben Tobias, le encarga este especial documento. *El ayuno es bueno*, le dice, *con oracion, y con limosnas: porque estas libertan de la muerte, y purifican del pecado.* Y en efecto ninguna cosa puede hacer mas aceptables á Dios nuestros sacrificios, como el acompañarlos de la misericordia con los pobres, partiendo con ellos los bienes que tenemos de su liberal mano, y haciendonos imitadores de su bondad y beneficencia. *Sed misericordiosos*, nos dice á todos, *como lo es vuestro padre celestial.* Y como nos atreveremos á implorar su misericordia, si nosotros no la ejercitamos con nuestros hermanos?

Conforme á lo cual enseña el Papa S. Leon, que aquellos que no pueden enteramente ayunar deben suplir este defecto con limosnas mas largas, y con otros actos de piedad. Y en general podemos decir, que desde que se ha introducido tanta mitigacion y relajacion en el ayuno eclesiástico, deben los cristianos compensarlo con el uso mas abundante de limosnas; en
que

que se comprehenden las demas obras de misericordia.

La oracion es otra virtud, esencial al cristiano, que debe acompañar á la penitencia, y nos la enseñó el mismo *Jesu-Cristo* con la doctrina y con el ejemplo; y con ella testificamos la dependencia que tenemos de Dios para todas nuestras necesidades. La Iglesia multiplica fervorosamente sus oraciones en este tiempo, en el cual sus officios son mas largos que en lo ordinario: á cuyo espíritu deben unirse todos sus hijos, juntando alguna parte de leccion espiritual, el exâmen de la conciencia y de las obligaciones del estado, la meditacion de las verdades eternas, que en el discurso de la quaresma nos recuerda la misma Iglesia empezando por la de la muerte en el primer dia de ceniza; y por último penetrarnos intensamente del gran misterio de la pasion de nuestro Redentor, que en este tiempo se presenta á nuestros propios ojos.

Pero entre todos los actos de Religion, que debemos practicar, ninguno mas grande y eficaz que el de la *confesion*, y *comunión*. Ya os dije que el ayuno entra en la quaresma como uno de los ejercicios de penitencia exterior, para disponer las almas á recibir la gracia y misericordia del Señor, mediante la penitencia interior ó la compuncion del corazon. Esto nos quiere decir la Iglesia, cuando al principio de la quaresma nos pone delante aquellas palabras del Evangelio: *convertios á mí de todo vuestro corazon, con ayunos, llantos y gemidos*. En el ayuno está marcada la

la penitencia exterior: en los llantos y gemidos la penitencia interior, que consiste en el dolor íntimo del corazon por nuestros pecados. De esta manera, repito, la intencion de la Iglesia es prepararnos en este tiempo para la confesion y comunion pasqual, y que lleguemos á ella con la mayor pureza y mas solemne devocion.

Es menester, fieles mios, tratar seriamente de ejecutarlo asi, purificándonos en el sacramento de la penitencia, en cumplimiento de este soberano precepto. El pecador reconciliese con Dios: el que sea justo justifiquese mas. No hay en la Religion cosa mas grande, mas augusta, ni mas útil que los *santos Sacramentos*. Todos fueron instituidos por *Jesu-Cristo*, y son, digamoslo así, como un esfuerzo de la omnipotencia del Señor, y el depósito inmenso de sus gracias y misericordias. A ellos por tanto es preciso acudir para obtenerlas, y á ellos se refieren las demas penitencias y ejercicios piadosos, que disponen al alma para su digna y fructuosa recepcion: y puesto que de ellos depende la salud y santificacion de los hombres, todos los cristianos estamos obligados por precepto del mismo Dios á recibirlos, esto es aquellos que son propios ó generales á todos.

Todo cristiano está obligado por este mandato de Dios y de la Iglesia á confesar y comulgar en cada año; y la Iglesia no quiere reconocer por hijos suyos á los que no cumplen esta sagrada obligacion, arrojando de su gremio por un *solemne anatema* á cualquier

quiera que no cumple con estos preceptos. Por donde conocereis, cuan graves y esenciales son y deben mirarse por todo cristiano. Y quien puede dudarlo por poco que reflexione y consulte la razon ¿Vosotros mismos conocereis y sabeis ponderar bien la obligacion que cualquiera tiene de alimentarse, estando sano, para conservar su vida, y de tomar, estando enfermo, las medicinas que son necesarias para la salud del cuerpo. Pues veis aqui claro, y de un modo muy comprecensible, en que se funda la necesidad de estas leyes y obligaciones del cristianismo. Os parece que habiendonos Dios impuesto leyes y obligaciones en orden á la conservacion de la salud del cuerpo, no nos las abrá dado para la salud del alma? Y tanto mayores cuanto ésta es de un orden tan superior é incomparable con la del cuerpo.?

No podia esto caber en su altísima providencia. Asi pues instituyó un sacramento para curarnos y sanarnos de las enfermedades del pecado, y otro para alimentarnos y fortalecernos en la gracia. Asi pues estamos obligados á confesar y comulgar, á ayunar, orar, santificar las fiestas, y practicar los medios y remedios espirituales, que enseña el catecismo de la Religion.

Debieran recibirse estos sacramentos con la frecuencia conveniente, como lo aconseja y desea eficazmente la Iglesia, lo proponen y exortan los Santos y Doctores, y se practicaba antiguamente; porque ellos son la mejor medicina y preparativo. El celoso res-
tau-

taurador de la antigua disciplina, *S. Carlos Borromeo* queria, que los párrocos procurasen por todos medios que los fieles comulgasen en la quaresma todos los Domingos, y tambien en los de adviento. Ojalá que el celo y la copia de ministros del santuario, que necesita ser competente y nada escasa para proporcionarles el debido pasto espiritual, nos ofreciese el poder aspirar á tanto veneficio. Sería el medio único de desterrar los vicios, de mejorar las costumbres de los pueblos, y hacer á los hombres buenos y felices en este mundo y en el otro.

La confesion sacramental es el recurso único, indispensable, que tiene el pecador para recuperar la gracia de Dios, y tan necesario para su salud, como lo es el bautismo para los no bautizados, segun enseña el *Concilio de Trento*: pero es al mismo tiempo un freno saludable, un medicamento efficacísimo, digno solamente de la sabiduría del médico celestial, que le ha dispuesto para curar las dolencias del alma. No deja de encontrar, es verdad, cierta repugnancia en nuestra naturaleza: pero esto mismo aumenta su virtud; como sucede en las medicinas corporales, que las mas eficaces suelen ser por lo regular las mas amargas é ingratas al paladar. Y al fin cualquiera sacrificio que costare, que importa esto para el desahogo y sosiego de la conciencia, y los inmensos bienes que nos consigue? Que violencia puede ser grande para sacudir un torcedor, que está royendo á cada paso, y emponzoña todos los gustos y todos los

los días de la vida. » Aquella dificultad de la confesion, dice el santo concilio de trento, y la verguenza en manifestar los pecados podría á la verdad parecer pesada, sino fuera superada, como lo és, por tantos y tan incomparables bienes y consuelos, que ciertísimamente se confieren por la absolucion á todos los que dignamente reciben este sacramento (1). »

Los cristianos relajados y los libertinos no quieren oír este language, y aun se burlan y prorrumpen contra la confesion. Porque? porque ella los reprende, y amenaza continuamente: Porque no quieren dejar su mala vida: porque el confesarse impone la necesidad de renunciar á los vicios ediondos en que están sumergidos: porque obliga á restituir la fama, el honor, los bienes mal habidos, usurpados al próximo, ó al comun: porque quieren gozar de una libertad brutal de murmurar, injuriar, maldecir, de hacer todos sus antojos, y satisfacer todas sus pasiones: en una palabra, porque no quieren sugetarse á la ley de Dios, que les precisa á ser justos, caritativos, modestos, castos, benéficos, y á observar una conducta arreglada. Como han de poder oír estos el nombre de la penitencia.? No les queda otro modo de aquietarse que despreciarla, y despreciar á todos los que viviendo ajustados á ella les dan en rostro acusadores mudos de su conducta. Aun acá la justicia humana obliga á los reos á confesar sus delitos; y es la primera diligencia que se practica con ellos. Será mucho

(1) *Sess. 14. Cap. 5.*

cho que la justicia divina exija el que los que la ofenden se humillen y confiesen sus culpas.? Pero que diferencia, Dios mio, en los términos de uno y otro caso ! En el tribunal de los hombres se obliga á los delinquentes á confesar sus delitos, para castigarlos por todo rigor, hasta el último suplicio. En el tribunal de la penitencia se confiesan para perdonarlos; de suerte que el que lo hace con las disposiciones debidas queda infaliblemente absuelto. Decid vosotros si habría algun delinquent, á quien si se concediese el perdón por solo confesar su crimen, dejaría de hacerlo por vergüenza ni otro motivo alguno.

Pero no basta, para cumplir estos preceptos, confesar y comulgar materialmente: es necesario hacer una confesion buena y fructuosa, mediante los actos interiores que deben acompañarla, y son los principales, y es menester comulgar dignamente: de lo contrario no se hace sino aumentar pecados y sacrilegios. Por eso el tiempo de quaresma, en el cual, como ya he dicho, acostumbran comunmente los fieles cumplir con el precepto divino de la confesion, está consagrado con especialidad á despertar en ellos estos afectos, y la Iglesia dá continuas aldabadas al corazón para escitar los movimientos de penitencia y compuncion por medio de los avisos Evangelicos, que el oficio eclesiástico presenta cada dia, esforzándolos con la palabra viva en los sermones, y por otros ejercicios devotos mas frecuentes, que suele haber, y debiera haberlos en todas las parroquias, á lo me-

menos en ciertos días y horas proporcionadas. Todos se dirigen á ablandar el corazon, y cultivar esta tierra dura y llena de malezas, abriéndola á las influencias del cielo, con que se preparan las almas y hagan dignas de participar de las misericordias y gracias del Señor, para que aparezcamos limpios y resplandecientes en su resurreccion gloriosa. Este es el término final de la quaresma cristiana.

Entonces hermanos míos, al trabajo sucede el descanso, á la pena la gloria, al llanto la alegría: pero una alegría pura, una alegría santa, la alegría de la buena conciencia, que suave y dulcemente se difunde por todos los senos del alma: aquella de quien dice el Espíritu-Santo, que no hay alegría en la tierra que pueda compararse con ella: *Non est oblectamentum supra cordis gaudium* (1). No como lo de los mundanos, que nunca es mas que aparente ó afectada; porque, como dice la misma escritura, un corazon depravado no puede dar de sí sino tristeza: *Cor pravum dabit tristitiam* (2). Por lo cual sus diversiones han de ser siempre tumultuosas, estrepitosas, que irriten los sentidos, que los atolondren, y sofoquen, si puede ser, los remordimientos interiores.

Preparemonos pues para celebrar la pascua, la gloriosa resurreccion de nuestro Redentor, que es el

(1) *Eccles. c. 30. v. 16.*

(2) *Eccles. c. 36. v. 22.*

el fundamento de los demas misterios de nuestra fé, la mas grande de todas las festividades, el símbolo de la resurreccion universal, y del premio y gloria eterna que se sigue á las penalidades de este destierro; y á la cual és correspondiente toda esta serie de observancias y disposiciones previas, de que os he hablado, para que podais cantar cada uno el triunfo de vuestra resurreccion espiritual, que es el fin inmediato á que se dirigen.

Y vosotros, párrocos, ministros todos del santuario, penetraos bien del espíritu y designios de la Iglesia en estos dias. En ellos, bien lo sabeis, se hace el cultivo y la labor principal de la viña del Señor: redoblad pues vuestro celo, y la mas posible aplicacion para que dé el fruto: porque como decia S. Pablo, *lo que el hombre sembrare, eso cogerá: y añadia; no aflogemos en trabajar y hacer bien; porque perseverando en ello tendremos la mies á su tiempo: y así, mientras tenemos ahora el tiempo y la ocasion, obremos este bien y oficios con todos, pero principalmente con los que son nuestros allegados en la fé* (1). Que todos se amen con la caridad de Dios, y se estrechen en estos dias de reconciliacion, olvidando resentimientos y divisiones, como miembros de la gran familia cristiana, y tambien política, en verdadera unión y concordia, y en la devida sumision y respeto al Go-

(1) *At Galat. c. 6. v. 8. seqq.*

Gobierno. En fin obedientes á Dios y á los que por él mandan en la tierra, ciudadanos pacíficos en ella, y aspirantes sólicitos y ansiosos de la Ciudad Santa y eterna de la celestial Jerusalem. Encargamos por último á los mismos, que lean esta nuestra carta, al tiempo de la misa popular una ó mas veces en el primero y siguientes Domingos de la quaresma, añadiendo de su parte las instrucciones convenientes, y dando á todos con amor paternal nuestra pastoral bendicion. Zamora de Enero de 1823.

Pedro Obispo de Zamora.

152

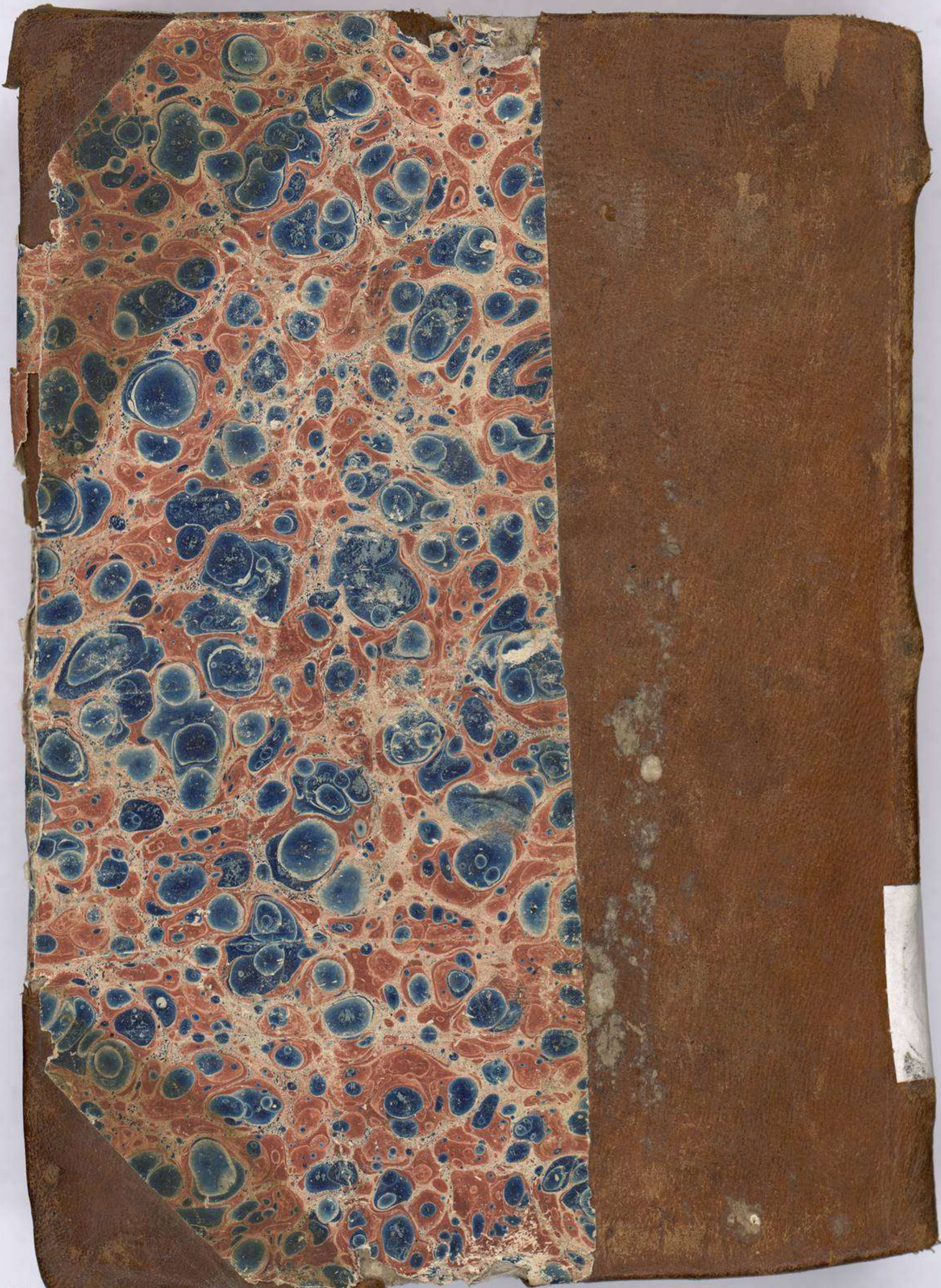
37

Gobierno En la Obisporia de Zamora
comandada en la tierra, ciudad y pueblo en el
y sus sucesores solidos y sucesores de la ciudad, para
y eterna de la celestial Jerusalen. Encomendamos por
ultimo a los mismos que por esta nuestra carta, al
tiempo de la misa popular una o mas veces en el
primero y siguientes Domingos de la quaresma
comulgando de su parte las justicias, corporacio-
nes, y dando a todos con amor paternal nuestra
pastoral bendicion. Zamora de Mayo de 1523.

Pedro Obispo de Zamora

...interesante, deben
apropos... armoniza las mut...
de moderar su avig... as, de su
n en las satisf... o contrarie
de siempre el premio de su trab
y un premio para el hom
de haberlo sido. Y no
cuanto se quiera
ombre comprender
ladano, esa es e

te mercantil no debe
ni los conocimientos
en las ocupaciones
de aquel que gasta
otras ciencias abstr
Hay, sin embargo
los idiomas, que pa
llas es indispensable
estos, limitándose
otrio y á los que h



2823